

Los Cuentos de Fin de Mes

UNA SOLUCION ADECUADA

Mi boda se debió más bien a circunstancias extrañas. Acostumbra a haber casi siempre algún motivo serio y sobradamente justificado para dar en la vida un paso tan grande. Pero...

Todo empezó cierto día cuando me transformé en inquilino de la Sra. Calluenda. Era esta una viuda muy distinguida pero pobre, viéndose obligada, por causa de dificultades económicas, a alquilar una habitación de su casa.

Tenía una hija llamada Irene, muchachita grácil y amable. La veía pocas veces pero también con su madre solía tener poco trato. Era gente más bien solitaria y que no trataba de entablar conversación.

Tal estado de cosas discurría con gran calma y tranquilidad hasta que cierto día la señora Calluenda dijo que quería hablarme. Estaba sola.

—Estimado señor —dijo algo cohibida— tendría que pedirle un gran favor.

—Usted dirá, señora.

—Para ser sincera, le diré que se trata de un asunto un tanto delicado. Pero como sea que en el poco tiempo que lleva Vd. con nosotros me ha sido dable observar que es Vd. todo un caballero, creo poder confiar.

Estaba completamente desorientado. Por un momento creí que la buena señora se encontraría en apuros y me pediría dinero. Pero, poco rato después salí de dudas.

—Debe saber que se trata del porvenir de mi hija. Conoció a un joven, el cual está enamorado y quiere casarse con ella. Pues bien, este casamiento depende de usted.

—¿De mí? pregunté en el colmo de la intriga.

—Si. Le explicaré. Este muchacho sabe que somos pobres, pero no hasta

que punto. Ignora que debemos tener una habitación alquilada y que en consecuencia vive un extraño con nosotras.

—¡Ah! Voy comprendiendo. Y es pues su deseo de que me vaya...

—No, al contrario Usted puede pasar como de la familia. Lo presentaremos como un pariente lejano.

—¿Eso es cuanto deseaba de mí? pues no faltaba más, quedará complacida.

—Entonces esta noche. El vendrá por primera vez.

Por la noche, cuando regrese de la oficina, él ya estaba allí, en la salita. Nos presentaron, y así yo me enteré de que era primo de tercer grado de un cuñado de la señora Calluenda.



Conversamos, tomamos café, Irene tocó el piano, y el tiempo fué deslizándose con gran velocidad. A poco nos encontramos a media noche. Era natural que como yo vivía allí no pensara en marcharme. Al contrario, esperaba que se fuera él.

Al fin preguntó:

—¿Nos vamos?

—Sí vamos,— exclamé presuroso.

Nos despedimos de la madre y de la hija y fuimos andando calles y más calles, pues el joven pretendía ir a pie hacia su casa.

—Bueno, exclamé— aquí se separan nuestros caminos.

—¿Dónde vive usted?

—A finales de la Gran Vía.

—¡Qué casualidad! ¡Yo también!

Tuve que acompañarle materialmente hasta la puerta de su casa. Fué la única manera de librarme de él. Y ahora tenía que hacer todo el camino de regreso.

No encontré taxi. Eran las cuatro de la madrugada cuando regresé a mi habitación. Y lo peor, a las nueve tenía que estar en la oficina.

A la hora del almuerzo la señora Calluenda y su hija me agradecieron la atención que había tenido para con ellas y aprovecharon para invitarme nuevamente para la reunión de la noche, en la que el joven estaría de nuevo presente.

Ya no tenía otra solución: o dejar la habitación o recorrer el largo camino de la noche anterior, una y más veces.

No tenía deseos de hacer ni lo uno ni lo otro.

Pregunté a la señorita Irene si estaba enamorada del joven y como me contestara que le resultaba indiferente le pedí que se casara conmigo.